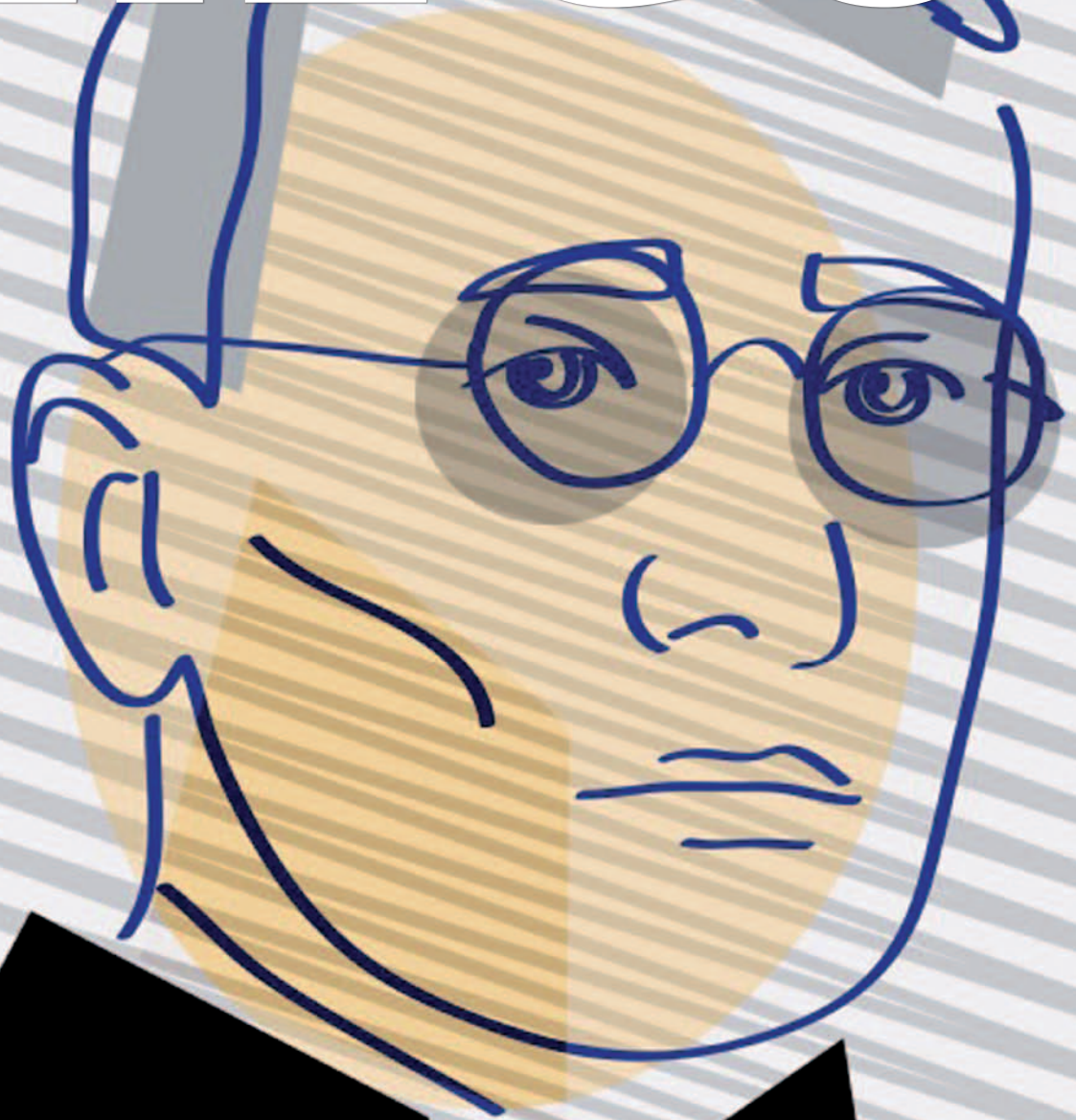


PLIEGO

Vida Nueva
2.986.
DEL 30 DE ABRIL
AL 6 DE MAYO
DE 2016



José María Arizmendiarieta Apóstol de la cooperación

JAVIER RETEGUI y CARLOS GARCÍA DE ANDOIN. Equipo gestor de la Comisión Postuladora



El pasado 24 de abril, el cardenal **Angelo Amato**, prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, presidía en la catedral del Buen Pastor de San Sebastián una misa de acción de gracias para celebrar que, el 15 de diciembre de 2015, el papa **Francisco** declaró venerable a **José María Arizmendiarieta**. Quienes promueven la causa de canonización de este sacerdote vasco, impulsor del movimiento cooperativo de Mondragón, no solo confían en que la Iglesia reconozca hoy su santidad de vida, sino que su carisma siga inspirando en el futuro nuevas experiencias educativas, sociales y empresariales dentro y fuera de nuestras fronteras.

El 15 de diciembre de 2015 el papa **Francisco** declaró venerable a **José María Arizmendiarieta** (1915-1976), sacerdote vasco promotor y guía del movimiento cooperativo de Mondragón. Su acción con jóvenes de la JOC y de la Acción Católica en los años 50 sentó las bases del que hoy es el primer grupo empresarial en el País Vasco y el séptimo en España, a la vez que referente mundial del cooperativismo. La actividad por él impulsada se extiende a muy diversas áreas: empresas industriales, educación, distribución, financiación, servicios, seguros, investigación...

En el grupo cooperativo trabajan 74.117 personas, en 260 empresas y entidades, con filiales en 41 países, 15 centros tecnológicos y unos ingresos totales de 11.875 millones de euros (2015).

Los principios del movimiento cooperativo mantienen una fuerte inspiración en los valores de la Doctrina Social de la Iglesia: la prioridad de la persona, la dignidad del trabajo, la subordinación del capital al trabajo, el fin social de la actividad económica y el compromiso de la empresa con la comunidad.

La experiencia cooperativa se articula a través de sociedades de personas que se autoorganizan con criterios democráticos, de cooperación y solidaridad, donde cada cooperativista tiene un voto. El modelo se ha hecho más complejo a través de la creación de diferentes cooperativas de segundo grado y mixtas, como es el caso de las facultades de la Universidad de Mondragón o de

los centros de investigación, donde el poder de los socios trabajadores es compartido con los usuarios o con entidades promotoras.

¿Quién fue la persona excepcional que ideó todo este movimiento? ¿Cómo pudo un sacerdote diocesano, desde la responsabilidad de coadjutor de parroquia, activar a la población para protagonizar tal desarrollo?

EN TODO SACERDOTE

José María Arizmendiarieta Madariaga nace en 1915 en una familia campesina en Barinaga, Markina (Bizkaia). Mayor de cuatro hermanos, estaba destinado a continuar con la actividad del caserío.

Su predisposición para el estudio y su colaboración en las tareas parroquiales despiertan en él una incipiente vocación sacerdotal. Con 11 años decide ingresar en el Seminario Menor. Brillante estudiante, culmina esa etapa y, en 1931, pasa al Seminario Mayor para continuar con su formación sacerdotal.

Se encuentra en Vitoria con un excepcional cuadro de profesores y con un avanzado movimiento de espiritualidad, que marcará su carácter y formación. Entre ellos, destacan **Rufino Aldabalde**, **José Miguel de Barandiaran** y **Joaquín Goicocheaundia**. Participa activamente, destacando por su fervor, capacidad de organización y dedicación al trabajo. Asume la secretaría organizativa de las publicaciones *Kardaberaz* (en euskara) y *Surge*, coordinando los artículos y escribiendo sus propias aportaciones. Allí se forma en la Doctrina Social de la Iglesia, en las

encíclicas *Rerum Novarum* (1891) y *Quadragesimo Anno* (1931), donde lee que “a ese orden económico en su totalidad le ha sido prescrito un fin por Dios Creador” (QA 42). Allí fue amasando el ideal de sacerdote social: “Al sacerdote le está mandado trabajar en el orden social cristiano”.

La Guerra Civil interrumpe sus estudios. Es clausurado el Seminario y es incorporado a filas en el ejército republicano con el Gobierno vasco. La pérdida de un ojo, en un accidente doméstico durante su niñez, impide su traslado al frente de batalla, siendo destinado al periódico *Eguna*, órgano oficial del Ejecutivo vasco, en el que ejerce de periodista.

Tras la caída de Bilbao y el exilio del Gobierno vasco, mientras Arizmendiarieta se plantea su futuro, es denunciado, encarcelado y sometido a juicio de guerra sumarísimo. Sale absuelto por los informes favorables del párroco y del alcalde de Markina. Liberado del fusilamiento (otros compañeros de celda no se libraron), es llamado nuevamente a filas, esta vez por el ejército sublevado, y destinado al cuartel general de Burgos, donde realiza tareas administrativas.

En Burgos se esfuerza por continuar sus estudios eclesiásticos, hasta que, abierto el Seminario en Bergara, se matricula continuando por libre. Terminada la Guerra, licenciado de la milicia y reabierto el Seminario de Vitoria, se reincorpora y es ordenado sacerdote.

Este período tiene extraordinaria importancia en su formación. Salir del microclima espiritual del Seminario y enfrentarse a la crueldad de la Guerra

y a la prisión, le lleva a cuestionar su propia vocación. Mientras muchos de sus compañeros abandonan la formación sacerdotal, en él se reafirma la vocación de entrega total a Dios. Son impresionantes las notas escritas que deja de esta decisión. Para él la vocación es la suma de dos factores: *aptitud* para el sacerdocio y *voluntad* de ejercerlo. Decide la “renuncia total de su persona y la entrega absoluta a la tarea sacerdotal”, siguiendo el lema del seminario: *Solo sacerdote, en todo sacerdote y siempre sacerdote*.

De su doble sensibilidad hacia la lengua y cultura vascas, por una parte, y la orientación social y dedicación a los más necesitados, por otra, se decide por esta última.

EN MONDRAGÓN, COADJUTOR Y CONSILIARIO DE LA ACCIÓN CATÓLICA Y DE LA JOC

Arizmendiarieta deseaba profundizar en conocimientos de sociología en la Universidad de Lovaina, pero es destinado a Mondragón, donde se incorpora como coadjutor de la parroquia San Juan Bautista en febrero de 1941. Será el único cargo hasta el final de sus días.

En Mondragón se encuentra con un pueblo diezmado por la Guerra, con fuerte división entre vencidos –la mayoría del pueblo– y vencedores –la oligarquía–, con recelos mutuos y necesidades

perentorias. Téngase en cuenta que fueron fusiladas muchas personas por acusaciones de ser simpatizantes del bando perdedor, incluidos dos sacerdotes de la parroquia.

Es nombrado consiliario de la JOC y de la Acción Católica, y empieza con los jóvenes a hacer frente a las necesidades perentorias de la población y a construir un nuevo modelo de sociedad. Entre sus dedicaciones parroquiales, pronto destacará la formación integral de los jóvenes (religiosa, personal y técnica) y, junto con ellos, la transformación social. Su sacerdocio es encarnación ejemplar de aquello que Pío XI escribía: “Exhortamos insistentemente en el Señor a que se entreguen por entero a la educación de los hombres que les han sido confiados, y que en el cumplimiento de ese deber verdaderamente sacerdotal y apostólico se sirvan oportunamente de todos los medios de educación cristiana, enseñando a los jóvenes, creando asociaciones cristianas, fundando círculos de estudio...” (QA 143). Compatibiliza la tarea social con el servicio sacramental y la actividad catequética, en jornadas interminables de dedicación al trabajo y a la oración.

En 1976, consumido y agotado, le libera la muerte el 29 de noviembre. Su lema de *Crear y no poseer, actuar y no ganar, progresar y no dominar*

lo cumplirá hasta su muerte. Ideó y orientó un gran movimiento educativo, económico y social. Solía decir: “Se ha dicho que el cooperativismo es un movimiento económico que emplea la acción educativa, pudiendo también alterarse la definición, afirmando que es un movimiento educativo que utilizó la acción económica”. Vivió pobremente con la retribución de coadjutor, y su única herencia fue el reloj que dejó a uno de sus colaboradores, con la petición: “No lo dejes parar”, en alusión al movimiento cooperativo.

LA PALABRA QUE NO SE TRANSFORMA EN ACCIÓN NO ES PALABRA VÁLIDA

En Arizmendiarieta la correlación entre sentido trascendente y acción immanente es un rasgo esencial. Vivía para Dios, “colaborando con Dios en la tarea de la Creación”, impregnaba de oración su vida y traducía las exigencias de su fe en acciones coherentes al servicio de los demás. Se nutría de la Doctrina Social de la Iglesia, estudiaba a los humanistas más avanzados y sabía interpretar, como pocos, los signos de los tiempos. Trataba a todo tipo de personas: en la calle, en su despacho, siempre abierto a todos, en el confesionario, en sus visitas de trabajo a Madrid, penetraba en los problemas y sentimientos de la gente y tenía palabras de estímulo y aliento, fomentando



Durante un viaje de estudios por Europa y de visita a la Exposición Universal de Bruselas (1958)

JOSÉ MARÍA ARIZMENDIARRIETA, APÓSTOL DE LA COOPERACIÓN

los más nobles sentimientos. “Tú, antes que empleado, antes que obrero, antes que todo, eres bautizado (...). Estás obligado a interesarte por los demás miembros; estás obligado a socorrerlos en sus necesidades, y hoy es el momento en el que tienes que hacerlo”.

El estudio, el contacto con las personas y la oración le llevan a idear futuros innovadores y avanzados, propiciando la transformación estructural de la sociedad al servicio de las clases más necesitadas. Persona de visión avanzada, se anticipa a las necesidades con propuestas audaces.

Los pensamientos se van traduciendo en palabras y propuestas. Compartía con sus colaboradores las ideas, las desgranaba en las homilías, se planteaban en las clases que impartía, en general, trataba de “socializar el pensamiento”. Alentaba a sus colaboradores para traducir las ideas arraigadas en actividades al servicio de los demás y establecía una estrecha correlación entre pensamiento, palabra y acción. “El pensamiento que no se transforma en palabra no es pensamiento válido. La palabra que no se transforma en acción no es palabra válida” o “hacer pensando y pensar haciendo” fueron algunos de sus lemas. Le bastaba la palabrería hueca. El carisma arizmendiano es la encarnación de la Doctrina Social de la Iglesia: la apuesta por la acción, la

voluntad de transformar la sociedad, el trabajo, el sacrificio, la creación de instituciones y la formación de personas. La reflexión nutría la acción, y las realizaciones maduraban y modelaban las teorías. Él se limitaba a idear propuestas, socializar el pensamiento y confiar a sus colaboradores los nuevos proyectos. Siempre lideró, pero nunca asumió cargos directivos ni de gestión directa.

Su actuación evangelizadora y transformadora empezó por la formación de los jóvenes de la Acción Católica. Analiza los acuciantes problemas que vive la sociedad, impulsa la movilización, organiza rifas, instituciones deportivas, culturales, de salud, de vivienda, etc., que van creando un clima transformador y el afloramiento de reconocidos líderes sociales que serán sus primeros colaboradores.

SOCIALIZAR LA EDUCACIÓN: LA FORMACIÓN PROFESIONAL

La primera gran tarea estructural será socializar la educación. En una sociedad muy pobre, en la que se accede al trabajo a los 14 años y los estudios posteriores están limitados para unos pocos privilegiados, plantea la igualdad de oportunidades y el derecho universal a la educación.

Intenta transformar el centro de formación profesional de una empresa que acepta únicamente a hijos de trabajadores y con plazas muy limitadas. La negativa a abrir el centro a toda la población y a

ampliar su capacidad le llevan a la creación de un nuevo centro de Formación Profesional (1943). Habilitan una antigua escuela en desuso y recaban la aportación voluntaria mediante cuotas mensuales de la población que se adhiere y la colaboración de empresas con una cuota anual proporcional al número de trabajadores.

Este pequeño germen genera un movimiento imparable. Crecen las matrículas, se amplían las especialidades, la enseñanza se hace mixta, se incrementan los grados y cunde en la sociedad la llama de la socialización de la educación. “Saber es poder” o “socializando el saber, se democratiza el poder” serán algunos de los lemas utilizados. Las penurias económicas no son obstáculo. La enseñanza es gratuita para los que no pueden disponer de medios y, a partir de los 17 años, se puede alternar el trabajo con el estudio en jornadas compartidas, de forma que el estudiante se autofinancia su formación.

Orienta a los jóvenes desde la inicial formación profesional a los estudios universitarios, y luego se creará la Escuela Universitaria de Ingeniería que, posteriormente, junto a los estudios de empresariales, humanidades y ciencias de la educación constituyen Mondragon Unibertsitatea, en la actualidad con más de 4.500 alumnos. Jurídicamente pasa de ser una “obra social de la Acción Católica”, bajo la tutela de la Iglesia, a una “asociación civil” y, posteriormente, “cooperativa de enseñanza”, en la que participan de forma paritaria profesores, alumnos y entidades colaboradoras. También su precaria ubicación se irá ampliando, hasta llegar a las modernas instalaciones repartidas por varias localidades. Todo ello con un impresionante esfuerzo social, en el que se da una estrecha simbiosis entre la formación que genera desarrollo económico y empresas que financian crecientemente la educación.

El excelente nivel formativo que se imparte en los centros y el espíritu cooperativo e innovador que se vive modifica la escala de valores y genera un caldo de cultivo propicio para el florecimiento de iniciativas de emprendimiento cooperativo.




Con profesores y alumnos de la Escuela de Aprendices de la Unión Cerrajera (1942)

LA EMPRESA COOPERATIVA

La segunda gran tarea transformadora será crear la empresa cooperativa. Jóvenes formados que han acreditado competencia profesional en la empresa y que son auténticos líderes sociales se cuestionan la estructura de la empresa capitalista y buscan su modificación mediante la participación de los trabajadores. Las reclamaciones de participación, la propuesta de acceso a consejos de administración y el deseo de intervenir en el devenir de la empresa chocan con la estructura cerrada de la empresa capitalista, donde el poder estriba exclusivamente en el capital. “La revolución hoy se llama participación”. La cooperación convoca a una obra colectiva, para “el desarrollo del individuo no contra los demás, sino con los demás”. La cooperación es “unión de personas que han sabido aceptar las limitaciones de la propia voluntad en la medida que requiera el bien común”.

Ante esta situación, deciden crear una empresa de nuevo cuño, inicialmente como sociedad anónima: todos los trabajadores serán socios que aporten trabajo y capital, gestión democrática de la empresa (una persona, un voto), papel subordinado del capital, solidaridad retributiva interna y con el exterior, responsabilidad social con el entorno, etc. Así, su propuesta cooperativa, por la igual dignidad, disuelve la separación entre trabajador y empresario: “El cooperativista, además de trabajador, es también empresario”. Para Arizmendiarieta, la empresa “es la primera célula económico-social, y en ella hemos establecido la relación fundamental entre el trabajo y el capital, de forma que la persona, es decir, el capital humano sea no solo el más importante motor de la economía, sino su fin”.

Elaborados los estatutos, se encuentran con la imposibilidad de encaje como sociedad anónima y la semejanza de su propuesta con la estructura cooperativa. En aquel momento la ley de cooperativas está concebida esencialmente para otros modelos (agrarias, comercialización...) y no para “cooperativas de trabajo asociado”. Así que Arizmendiarieta participa activamente en la tarea



Durante una visita a la Eskola Politeknikoa, en 1973

de traducir los principios humanistas en normativas estatutarias, modificando la legislación cooperativa. A lo largo de todo el desarrollo cooperativo posterior, mantendrá relación constante con las autoridades estatales, tratando de que las normas legales puedan acoger a las realidades que se van creando.

La estructura y el éxito de la primera cooperativa propician el surgimiento de nuevas iniciativas empresariales. Arizmendiarieta se percató de que todo ese movimiento requiere de una institución de crédito que garantice la financiación y soporte al grupo creciente.

Propone la creación de la Caja Laboral Popular, cooperativa de crédito que, con sus dos divisiones –bancaria y empresarial–, será uno de los pilares del desarrollo. Sin capitales, la fórmula será caduca.

El rápido desarrollo cooperativo posterior se sustenta en estos pilares: la formación, la financiación y la investigación, generando un movimiento que se extiende desde la comarca del Alto Deba a toda la sociedad vasca.

LA INTERCOOPERACIÓN

La tercera gran tarea transformadora será la de conformar grupos cooperativos y la propia Corporación Mondragón. Las cooperativas aisladas, soberanas y autónomas, adquieren mayor consistencia y poder transformador si son capaces de establecer lazos de cooperación entre ellas. Con esta idea nacen los grupos comarcales, que reúnen a cooperativas de una misma comarca estableciendo vínculos de solidaridad. Temas como “reconversión de resultados” (compartir parte de los resultados económicos), “afianzamientos mutuos” (avales cruzados), “reubicación de personal” (aceptar en una cooperativa las personas excedentes de otra),

“fondos comunes de obras sociales” (atender juntos a proyectos sociales compartidos) son algunos de los contenidos de la intercooperación. Posteriormente, esos grupos comarcales se transforman en agrupaciones sectoriales, que reúnen a las cooperativas en función de sus afinidades empresariales en vez de por comarcas. Se trata de afianzar y consolidar su dimensión empresarial ante las exigencias del mercado. Los lazos de solidaridad entre ellas son similares. Las exigencias de internacionalización refuerzan esta experiencia de intercooperación.

Este proceso de estructuración culmina en la conformación de la Corporación Mondragón, órgano de dirección estratégica del grupo, que reúne al conjunto cooperativo reforzando su consistencia e incrementando su proyección empresarial y su influencia social. La aglutinación se realiza mediante pactos voluntarios de cooperativas soberanas, que, una vez acordados, son de obligado cumplimiento.

La reciente crisis de Fagor-electrodomésticos, su quiebra y liquidación, han puesto a prueba la consistencia del grupo. La cooperativa de mayor dimensión, la que originó el grupo cooperativo y que ha sido motor de su desarrollo, cae ante los rigores de una economía internacionalizada, y por fallos en la gestión, en unos momentos de crisis donde el mercado de electrodomésticos se reduce drásticamente. Funcionan todos los mecanismos de apoyo mutuo establecidos. Los socios reducen sus ingresos y realizan aportaciones, el grupo cooperativo próximo reconvierte resultados y otorga avales, y la Corporación Mondragón y su Congreso Cooperativo movilizan ayudas especiales, pero el esfuerzo ha sido insuficiente para salvar la empresa. A pesar de ello, cuando se cierra Fagor, la Corporación Mondragón y sus cooperativas

JOSÉ MARÍA ARIZMENDIARRIETA, APÓSTOL DE LA COOPERACIÓN

se comprometen a reubicar al personal, lo que dos años después está casi conseguido. Es una demostración de que la solidaridad cooperativa ha funcionado aun en un caso tan extremo y doloroso.

Todas estas tareas de transformación social fueron ideadas, compartidas, alumbradas y soportadas en la clarividente visión de Arizmendiarieta, que trataba de transformar los grandes principios doctrinales del humanismo cristiano en realizaciones sociales coherentes en el ámbito socioeconómico. Desde su modesto despacho de la Escuela, trabajaba incansablemente en idear y desarrollar un mundo más justo y solidario, generando cambios estructurales.

INSPIRACIÓN CRISTIANA Y REALIZACIONES LAICAS

Desde su acrisolada fe y con renovada vocación sacerdotal, Arizmendiarieta dedica toda su atención a los más necesitados, propiciando modificaciones estructurales. Es sensible a situaciones personales, pero su empeño le lleva a acudir a la raíz de los problemas. Hacía suya la frase de *Gaudium et Spes* (GS 63): “Es el hombre, en definitiva, quien es el autor, el centro y el fin de toda la vida económica y social”.

Se nutre y se inspira de las encíclicas papales *Rerum Novarum*, *Quadragesimo Anno* y *Mater et Magistra*. En 1961, Juan XXIII escribió algo que le llegó al corazón a Arizmendiarieta: “Nos es grato expresar nuestra

complacencia a aquellos hijos nuestros que, en diversas partes del mundo, se esfuerzan por crear y consolidar empresas cooperativas” (MM 148). Había exigido unos párrafos antes al Estado que, para favorecer “el movimiento cooperativo”, llevase a cabo “una adecuada política económica en los capítulos referentes a la enseñanza, la imposición fiscal, el crédito, la seguridad y los seguros sociales” (MM 88). Dirá en octubre de 1961, en una charla a los trabajadores de ULGOR, que la encíclica es “un gran consuelo para los que, además de cooperativistas, somos cristianos”. Don José María expone en sus escritos y conferencias la doctrina de Juan XXIII. “La justicia ha de ser respetada no solamente en la distribución de la riqueza, sino además en cuanto a la estructura de las empresas en que se cumple la actividad productora”. Y continuaba: “No es difícil ver que las precedentes palabras de Juan XXIII en su encíclica *Mater et Magistra* ponen en tela de juicio tanto el sistema capitalista como el colectivista. Al propio tiempo, entrañan una sanción clara de los principios del cooperativismo”.

También leyó con fruición a los pensadores cristianos más avanzados de la época, el humanismo integral de Maritain y el personalismo comunitario de Mounier. Estudia sus contenidos, profundiza en los principios que emanan de los mismos y analiza las consecuencias que se podrían derivar para la organización social. Toda su actividad inicial,

sus sermones, sus charlas y sus escritos hacen referencias continuas a las fuentes de donde se nutren sus pensamientos. En alguna ocasión que tiene denuncias por su labor subversiva en los sermones dominicales, razona y justifica que su contenido responde a la Doctrina Social de la Iglesia. Destaca su antropología cristiana del trabajo: “El trabajo no es un castigo de Dios, sino una prueba de confianza dada por Dios al hombre haciéndolo colaborador suyo”. En otras palabras –dice Arizmendiarieta–, “Dios hace al hombre socio de su propia empresa, de esa empresa maravillosa que es la creación. El hombre, mediante su actividad, transforma y multiplica las cosas”.

Contrasta esos principios con los que proceden de pensadores personalistas no cristianos, principalmente del laborismo inglés, y sigue con atención el compromiso del socialismo continental con la democracia. Todo ello le lleva a afianzar sus principios, que son los ejes directores para su apostolado social.

Tiene una idea de la persona cargada de conciencia sobre la igualdad entre los seres humanos, frente al linaje, la riqueza o el poder como fuente de desigualdad. La “proclamación de los derechos de Jesucristo es la afirmación de los derechos de los desheredados”. Lo repetirá de muchos modos: “La cooperación es incompatible con cualquier grado de servidumbre humana”. Se opone a la interpretación paternalista del trabajador que aún domina en el magisterio social de la Iglesia, ante el cual se levanta el sacerdote belga Cardijn. No cree en la solidaridad sin igualdad:

“La fraternidad y la solidaridad reinan donde hay igualdad; cuando falta esta base, son efímeros de ordinario esos sentimientos”.

Tiene una profunda fe en la persona y en su capacidad de raciocinio, que, sin tuteladas ni paternalismos, es capaz de afrontar nobles proyectos y de asumir responsabilidades consecuentes. Decía: “La persona, por muy equivocada que esté, puede enmendarse mediante el

Con profesores y alumnos, ante la primera sede de la Escuela Profesional que creó (1950)



razonamiento”; hay que confiar siempre en la persona y razonar.

Esta fe en la persona y en su capacidad es una característica esencial del magisterio de Arizmendiarieta y de su posición personalista. No trabaja *para* los más necesitados, sino *con* los más necesitados. “Sembrar, sembrar continuamente, sembrar siempre y saber esperar”. Tiene una ilimitada confianza en la persona, alimenta sus más nobles sentimientos, tiene la esperanza de que mediante la cooperación y la solidaridad se pueden alcanzar objetivos ambiciosos, aplicando todo su amor y su entrega a la causa.

La formación alcanzada por la población y su vocación comunitaria le llevan a soñar con la “mayoría de edad de la clase trabajadora”, capaz de organizarse por sí misma, sin tutelas externas: “Creer en el Evangelio es creer en el hombre, en su vocación y dignidad, más que en su cuna y su cultura, o su dinero o su poder”. Siendo consecuente con los principios que profesa, todas las realizaciones responden al modelo de autogestión por parte de las personas que lo conforman. Son las personas las que desarrollan las empresas, y no “actividades sociales” de carácter paternalista, a favor de las personas. Este hecho marca el carácter de realizaciones laicas, aconfesionales, de todas las actividades emprendidas.

Las realizaciones cooperativas son promovidas por personas sin diferenciación de edad, sexo, raza, condición, creencia y posición, dispuestas a cooperar y a construir empresas que respondan a intereses compartidos. Cualquier condición externa e impuesta rompe con los principios básicos en los que se asienta: personas libres y solidarias que abordan juntas realizaciones de interés para la comunidad.

Desde la inspiración evangélica convoca a un humanismo personalista, comunitario y cooperativo que une a diferentes personas desde diferentes convicciones. Así como una cuerda atada en un extremo, si se mantiene tensa y se mueve genera necesariamente una circunferencia, también una institución de personas libres, sin discriminación de acceso, que conforman

entidades mediante la autogestión, conduce inexorablemente a la laicidad y libertad de credo. Se trata de una laicidad incluyente, que permite la participación de personas de cualquier credo, sin que la entidad se posiciona.

RAZONES DE UNA CAUSA

Tras el fallecimiento de Arizmendiarieta en 1976, transcurren décadas sin que se inicie el proceso. Durante ese tiempo, se reciben llamadas y propuestas para iniciar su expediente de canonización, ya que, aunque es general el reconocimiento de su santidad, no lo es tanto la voluntad de incoar el proceso. Se trata de algo exótico en nuestra cultura, se prevé largo y complejo, las instituciones que creó son laicas, el sentimiento religioso de la sociedad está bajo mínimos, el propio Arizmendiarieta era contrario a los honores a su persona, ¿para qué?

El año 1999, con motivo del traslado de los restos de don José María Arizmendiarieta al nuevo cementerio de Mondragón, sus directos colaboradores plantean la cuestión y les queda la duda de estar actuando correctamente. Hay peligro de que se diluyan y pierdan vigencia los fundamentos cristianos del cooperativismo de Mondragón. Se conocerán sus dimensiones, organización y estructuras, pero se desconocerán las raíces cristianas de su nacimiento y expansión. Arizmendiarieta fue un santo, ¿por qué no reconocerlo?

Para salir de la duda, realizan una minuciosa encuesta entre personas diversas que trataron a Arizmendiarieta, y reciben una opinión mayoritaria favorable. Con ese aval, presentan la propuesta al entonces obispo de San Sebastián, **Juan María Uriarte**, quien les alienta en el empeño y solicita, a su vez, la autorización del Vaticano; obtenida esta, da comienzo la causa. En la postulación intervienen dos de los colaboradores más directos, don **José María Ormaetxea** y don **Alfonso Gorroñogoitia**, y las instituciones cooperativas más genuinas creadas por Arizmendiarieta: Caja Laboral Popular y Mondragón Unibertsitatea.

La causa se inicia en el año 2005, culminando su fase diocesana en el año 2009, con el envío del



Hacia el año 1955, con su inseparable bicicleta, que más tarde sustituiría por un velomotor

JOSÉ MARÍA ARIZMENDIARRIETA, APÓSTOL DE LA COOPERACIÓN

expediente a la Congregación para las Causas de los Santos, que ha actuado con celeridad y en cuyo seno se ha estudiado detenidamente y confirmado la existencia en la vida de Arizmendiarieta del ejercicio de virtudes en grado heroico. Para quienes promueven esta causa, un grupo de laicos cooperativistas y de admiradores de Arizmendiarieta e instituciones cooperativas fundadas por él, no se trata solamente de un reconocimiento que mira hacia el pasado, sino de la proyección hacia el futuro de su magisterio y su obra.

La causa adquiere pleno sentido si se piensa que sus planteamientos y su magisterio no solo tuvieron validez en su momento, sino que fueron precursores y son de plena actualidad para la consecución de un nuevo orden social sustentado en la persona y en su dignidad. Un orden que no puede construirse sin transformar la economía y la empresa, y sin la conversión de la persona a través de la educación y su cooperación. La sociedad actual ha logrado elevados niveles en algo por lo que él luchó, la igualdad de oportunidades en la educación. Hoy está mejor preparada que entonces y tiene un excelente caldo de cultivo para que puedan fructificar sus postulados humanistas. Arizmendiarieta estaría impulsando el análisis de la actual situación y fomentando la adopción de innovadores procesos de cambio estructural que respondan a las necesidades humanas. Su figura y su magisterio siguen vivos, y el reconocimiento de la Iglesia avala y multiplica el enorme valor

simbólico de su vida, pensamiento y obra, más aún en un contexto de profunda crisis y cambio de época.

Sería traicionar su figura si nos limitáramos a vivir de los recuerdos, sin hacer nada más que retenerlo en nuestro fuero interno. Además, olvidar la dimensión religiosa, porque hoy no se lleva, y limitar su figura a la vertiente social, sería una falta a la verdad. Tal mutilación, por otra parte, sería también falsa si se reduce su figura exclusivamente a la dimensión religiosa. Ambas vertientes estaban íntimamente relacionadas en Arizmendiarieta, cortar una es traicionar su magisterio.

De su magisterio se derivan dos grandes áreas de actuación:

- En la **dimensión eclesial** destacan la antropología cristiana del trabajo, la experiencia religiosa en la profanidad, la integración entre fe y compromiso social, la empresa cristiana, la correlación entre dignidad de la persona y participación, la confianza en la capacidad de la persona creada a imagen y semejanza de Dios, la potenciación humana mediante cooperación y solidaridad y la importancia de la acción en la evangelización.

- En la **dimensión social** podemos destacar la integración y participación de la persona en la empresa, la correlación entre educación y cambio en la empresa, las nuevas formas de cooperación capital-trabajo, la conformación de redes de empresas y de instituciones que respondan a intereses compartidos, la conformación de comunidades competitivas capaces de responder a los retos internacionales.

Ambas dimensiones son complementarias. No se puede trabajar en la evangelización social limitándose a la promulgación de principios morales sin soporte económico, ni se puede trabajar por un desarrollo económico desligado de la persona y de la sociedad. Son ámbitos donde existe un rico magisterio en la vida y obra de Arizmendiarieta, que son precursores de nuevos planteamientos sociales.

FUNDACIÓN

El cultivo y difusión del carisma arizmendiano ha llevado a un grupo de cooperativistas cristianos y a las diócesis vascas a diseñar la constitución de una fundación, Arizmendiarieta Kristau Fundazioa, erigida por el actual obispo de San Sebastián, **José Ignacio Munilla**, y participada por las diócesis hermanas de Bilbao y Vitoria. Estas tres instituciones aúnan sus esfuerzos para impulsar la acción evangelizadora en el ámbito socio-empresarial, sustentada en la Doctrina Social de la Iglesia y en el magisterio de Arizmendiarieta.

La fundación asume la tarea de enfocar los problemas de la sociedad actual desde el capital simbólico de Arizmendiarieta, y adopta como tareas el impulso de una evangelización social en el seno de las diócesis vascas; la participación en procesos de transformación socioeconómica en la sociedad civil; y la proyección del carisma arizmendiano en articulación con ámbitos católicos internacionales, en aras de una economía al servicio de las personas.

El carisma arizmendiano que dio lugar a la experiencia cooperativa de Mondragón puede inspirar y hacer germinar, cual semilla, nuevas experiencias educativas, sociales y empresariales en nuestro propio país y en otras partes del mundo. Nos disponemos a la colaboración con personas, instituciones públicas, entidades cristianas y movimientos sociales para compartir esfuerzos y cooperar en un proyecto transformador sustentado en el humanismo, la dignidad de la persona y la justicia social.

Que desde su alta atalaya, Arizmendiarieta nos ayude a acertar en la tarea. ¡Que así sea! ●



Familiares, cooperativistas e impulsores de su causa, con los obispos, tras la misa del día 24